

## **Resumen**

En este documento se sostiene que la transición demográfica ha conducido, en interacción con otros muchos procesos, a cambios en el contenido, organización y estructura del curso de vida de las mujeres mexicanas, así como a la multiplicación de los eventos, acontecimientos, dependencias y relaciones individuales y sociales vinculadas con el ciclo de vida familiar. Esta investigación pretende mostrar que dichos cambios se han producido en todos los grupos sociales del país, aunque con cierto rezago entre quienes viven en situación de pobreza en México. Algunas de las preguntas que orientan la presente investigación son las siguientes: ¿qué han significado para los procesos de formación familiar de las mujeres mexicanas los cambios en la nupcialidad, la fecundidad y la mortalidad? ¿cómo podemos apreciar los efectos de la transición demográfica sobre el curso de vida y la dinámica familiar de las mujeres mexicanas? ¿cuáles son las diferencias en las trayectorias de vida familiar de las mujeres según su condición de pobreza? ¿cuántos años, en promedio, viven las mujeres pobres y no pobres en la condición o estado de soltera, casada, divorciada/separada o viuda? ¿cuánto tiempo viven en la condición de hijas o de madres? ¿cuántos años dedican simultáneamente a los papeles de madres e hijas? ¿cuánto tiempo viven como hijas de padres en edades avanzadas? ¿cuántos años de sus vidas dedican a la condición de madres de hijos dependientes?

## **Introducción**

México experimenta, en el umbral del nuevo milenio, un proceso de cambio que implica transiciones múltiples en los planos económico, social, político, urbano, demográfico y epidemiológico. La economía experimenta un intenso proceso de reestructuración y modernización y está cambiando rápidamente la importancia relativa de los diferentes sectores en la generación del Producto Interno Bruto. En el plano político se advierte un proceso de renovación del pacto federal y de los sistemas electoral y de partidos, al tiempo que ocurren profundas reformas institucionales dirigidas a perfeccionar nuestra democracia. En la esfera social es cada vez más notoria y amplia la participación ciudadana, lo que se refleja en el robustecimiento de formas y opciones diversas de organización que ponen en claro la creciente complejidad de una sociedad con mayor capacidad para formular y sostener sus demandas. También ocurre una profunda y rápida transformación hacia una sociedad cada vez más urbana. Finalmente, la trayectoria seguida por las transiciones demográfica y epidemiológica sugiere que el crecimiento de la población continuará moderándose en el futuro, con una estructura crecientemente envejecida y un perfil de morbi-mortalidad dominado por las enfermedades crónico-degenerativas. No hay duda que el futuro de México dependerá, en buena medida, de la trayectoria seguida por estas transiciones cruciales.

El país se encuentra a mitad de camino de las múltiples transformaciones y transiciones en curso y la conclusión de cada una de ellas todavía tomará algún tiempo. El punto de arranque de la transición demográfica está marcado por la caída de la mortalidad, que se produce de manera ininterrumpida desde la década de los treinta. Como consecuencia de este profundo proceso de cambio, en la actualidad México no sólo cuenta en la actualidad con una población mucho más

numerosa, sino que sus habitantes viven un mayor número de años.<sup>1</sup> A su vez, la declinación de la fecundidad, que indica el ingreso de la población mexicana a la siguiente etapa de este proceso, se remonta a fines de los años sesentas, pero no fue sino hasta mediados de la década siguiente cuando su descenso se aceleró vertiginosamente, en asociación cronológica con el diseño e instrumentación de una nueva política de población.<sup>2</sup>

Los cambios sucesivos en la mortalidad y la fecundidad han provocado importantes transformaciones en el volumen, y la dinámica demográfica,<sup>3</sup> así como en la estructura por edad, dando lugar inicialmente a una estructura muy joven y más tarde a un gradual proceso de "envejecimiento" de la población.

En este documento se sostiene que la transición demográfica ha conducido, en interacción con otros muchos procesos, a la conformación de nuevos patrones del curso de vida individual, así como a la multiplicación de los eventos, acontecimientos, dependencias y relaciones individuales y sociales vinculadas con el ciclo de vida familiar. Por ejemplo, como resultado de la declinación de la mortalidad, las personas viven más y, en consecuencia, pueden dedicar más tiempo a la condición de hijo/hija, esposo/esposa, padre/madre, abuelo/abuela y a desempeñar múltiples papeles sociales y familiares en sus vidas, ya sea de manera simultánea o en forma sucesiva. La cada vez mayor esperanza de vida y la creciente longevidad han surgido como causas directas o indirectas de profundos cambios en el tamaño de la familia o en la estructura y organización familiar, así como en las actividades e interrelaciones de diadas, triadas o de redes sociales y familiares de tipo y complejidad variada. Por lo tanto, la extensión de los papeles familiares basados en el aumento del tiempo de sobrevivencia en común tiende a demandar una reestructuración de los mismos: padres e hijos viven más y pueden dedicar más tiempo a desempeñarlos en sus años de vida adulta, lo que a su vez influye en la redefinición de sus contenidos.

Este trabajo explora el curso de vida de las mujeres mexicanas. Intenta identificar algunos de los rasgos de continuidad y cambio en el proceso de formación y expansión familiar, así como en el desempeño de determinados roles o papeles familiares. Trata de mostrar de qué manera la transición demográfica influye en los cambios vinculados con el contenido, estructura y organización del curso de vida y las diferencias observadas en las trayectorias de vida de las mujeres bajo condiciones de transición de la fecundidad temprana, transición plena y transición avanzada.

---

<sup>1</sup> El alargamiento de la sobrevivencia ha permitido que la "muerte" se considere hoy en día "cosa de mayores". En el ámbito familiar, el descenso de la mortalidad ha dado lugar a: (i) un aumento considerable del número de años que los matrimonios se mantienen intactos sin ser disueltos por la muerte de uno de los cónyuges; (ii) una disminución significativa de la probabilidad de que los padres sufrieran la muerte temprana de uno (o más) de los hijos; (iii) una reducción en la proporción de menores que experimentan la muerte de alguno de sus familiares más cercanos (padres, hermanos, primos, etc.); y (iv) un incremento del "tiempo familiar" o del potencial de interacción de varias generaciones sucesivas emparentadas entre sí, lo que puede ejemplificarse mediante la sobrevivencia cada vez mayor de los abuelos durante la niñez, la adolescencia y la juventud temprana de los nietos.

<sup>2</sup> Durante la última parte de este siglo, la mayoría de las mujeres mexicanas comprendieron que difícilmente pueden ser libres cuando la reproducción se les impone como un accidente de la naturaleza y cuando no están en posibilidades de decidir sobre algo tan íntimo y tan relevante para sus vidas. En las últimas tres décadas, un cantidad cada vez mayor de personas adultas adoptó la práctica anticonceptiva. Entre las mujeres unidas en edad fértil, su número se incrementó de una de cada diez en 1970 a siete de cada diez en la actualidad.

<sup>3</sup> Conviene recordar que la población del país logró duplicar su tamaño en los primeros 50 años del siglo XX y casi lo cuadruplicó en el siguiente medio siglo.

## El modelo de simulación

El presente documento descansa en la utilización de un modelo de simulación desarrollado por Zeng Yi (1991), que es una extensión del modelo de Bongaarts (1987), para explorar de qué manera la transición demográfica afecta el curso de vida familiar de las mujeres mexicanas. Este modelo constituye una poderosa herramienta para los demógrafos y tiene un amplio abanico de aplicaciones.<sup>4</sup> Los hallazgos presentados en este trabajo son una pequeña y selectiva muestra de una cantidad enorme de datos producidos por las simulaciones que arroja el programa de cómputo (FAMY) desarrollado por Zeng Yi (1990) para el análisis del curso de vida.

Los resultados del modelo de simulación que se presentan en este documento están basados en el enfoque de cohortes ficticias. Comparamos los periodos 1970-1974 y 1990-1994, e incluimos una proyección para el año 2005 para representar condiciones de transición temprana de la fecundidad, transición plena y transición avanzada. Los datos referidos a estos periodos no pretenden ser aproximaciones de la experiencia de una cohorte de nacimiento, sino que son usados para explorar las consecuencias de la continuación de un conjunto de condiciones demográficas vigentes en cada uno de los periodos indicados.

Los parámetros demográficos seleccionados correspondientes al periodo 1970-74 y 1990-94 se presentan con detalle en otro documento (Tuirán, 1997). Para llevar a cabo el presente ejercicio se elaboraron además cuatro escenarios para el año 2005,<sup>5</sup> cada uno de los cuales satisface las metas definidas por el Programa Nacional de Población 1995-2000.<sup>6</sup> Para cada escenario prospectivo, se adoptaron los siguientes supuestos:

- Post-transicional I: la nupcialidad permanece constante de 1992 a 2005 y la fecundidad es similar en estructura, aunque no en el nivel (nupcialidad temprana y un patrón de fecundidad joven).
- Pos-transicional II: la nupcialidad permanece constante y la estructura de la fecundidad envejece: la edad media y la desviación estandar a cada paridad crece linealmente, sin modificar las tasas específicas de la primera paridad (nupcialidad temprana y un patrón de fecundidad envejecido).
- Post-transicional III: la nupcialidad adopta un patrón envejecido. En este caso, se asume que el parámetro  $k$  de Coale y McNeil registra un incremento lineal de 0.8114 en 1992 a 1.0 en 2005, manteniendo constante tanto la proporción de mujeres que eventualmente se casan (0.932) como el parámetro  $ao$  (12.492), mientras las tasas de fecundidad tienden a declinar, aunque con una estructura similar a la observada en 1992 (nupcialidad tardía y un patrón de fecundidad joven).

---

<sup>4</sup> El modelo de Zeng Yi: (i) permite identificar las consecuencias que tiene un conjunto de parámetros e insumos demográficos sobre el curso de vida de las mujeres; (ii) brinda la posibilidad de evaluar los efectos de varios determinantes próximos relevantes sobre la estructura familiar y sus características; y, (iii) puede ser utilizado para proyectar las tendencias futuras del tamaño de la familia, así como de la estructura y composición familiar.

<sup>5</sup> En cada uno de ellos se asume que la esperanza de vida ascenderá a 75.8 años, que es también la proyección oficial del Programa Nacional de Población 1995-2000.

<sup>6</sup> Este programa establece como meta alcanzar las cifras de 2.4 y 2.1 hijos por mujer en el año 2000 y 2005, respectivamente.

- Post-transicional IV: la nupcialidad y la fecundidad adoptan un patrón envejecido (nupcialidad tardía y un patrón de fecundidad envejecido).

Además de la comparación en los patrones del curso de vida que resultan de las condiciones demográficas prevalecientes en 1970-74 y 1990-94, y proyectados para 2005, en este trabajo contrastamos dos grupos adicionales:

- mujeres de entre 15 y 49 años de edad, que residen en los seis estados de más alta marginación, que en el periodo 1990-1994 se encontraban viviendo en hogares situados por debajo de la línea de pobreza;
- mujeres de esas mismas edades que residen en los estados indicados y que en dicho periodo se encontraban viviendo en hogares situados arriba de la línea de pobreza.

Los parámetros demográficos de estos dos grupos fueron estimados con base en los datos de la Encuesta Nacional de Planificación Familiar (1995). Cabe hacer notar que el carácter transversal de esta investigación nos obliga a introducir una nota de cautela. Las mujeres definidas como pobres y no pobres no necesariamente mantienen esa condición a lo largo de su trayectoria de vida. De ahí que los resultados presentados en este trabajo sólo pueden ser vistos como meramente exploratorios de la compleja relación entre transición demográfica, curso de vida y pobreza.

## **La situación demográfica de México**

La demografía del país es una de las dimensiones que le confieren una identidad irremplazable a la nación. México contaba en 1998 con una población de poco más de 96.6 millones de habitantes, cifra que la sitúa como la décimo-primer nación más poblada del mundo. Se estima que durante ese año ocurrieron 2 millones 218 mil nacimientos y 421 mil defunciones, lo que implica un incremento anual de alrededor de un millón 800 mil mexicanos y una tasa de crecimiento natural (TCN, es decir, la diferencia entre la tasa bruta de natalidad y de mortalidad) de 1.86 por ciento. El saldo neto migratorio que México mantiene con el exterior es negativo (-0.31%) y al descontar esta cifra del aumento natural de la población, el crecimiento total se reduce a 1.55 por ciento. Sin embargo, la desaceleración del crecimiento demográfico no ha impedido que la población siga aumentando rápidamente en números absolutos.<sup>7</sup>

La disminución de la mortalidad ha venido ocurriendo de manera sostenida desde hace más de seis décadas, si bien el descenso más marcado tuvo lugar entre 1943 y 1956. La esperanza de vida ascendió a 74.7 años en 1998, lo que significa más del doble de los 36 años de vida en 1930. Uno de los componentes más importantes del aumento de la sobrevivencia se debe a la disminución de la mortalidad infantil. Mientras que alrededor de 180 de cada mil nacidos vivos en 1930 fallecía antes de cumplir su primer aniversario, en 1998 ésta se redujo a menos de 27 por mil. Algo similar ocurre en relación con la sobrevivencia hasta las edades adultas: entre los nacidos en 1930, menos de la mitad (48 por ciento) sobrevivieron a los 60 años; en cambio para la generación de 1960 se

---

<sup>7</sup> Esta tendencia seguramente prevalecerá en el futuro próximo, lo que resulta en gran medida de la llamada *inercia demográfica*, que es un impulso al crecimiento que está oculto en la estructura por edades de la población. Cuando a un tren que se desplaza rápidamente se le aplican los frenos, éste no se detiene inmediatamente, sino que continúa avanzando durante un trecho, empujado por ley de la inercia. Algo similar ocurre con los efectos del alto crecimiento demográfico del pasado.

espera que tres cuartas partes (75 por ciento) lo hagan; y se prevé que más del 90 por ciento de los nacidos en 1997 lleguen a esa edad.

El descenso de la fecundidad es el principal determinante del cambio demográfico observado en México durante las últimas décadas. Frente a la disminución paulatina de la mortalidad, la reducción de la fecundidad es mucho más reciente y de gradiente más acentuado. En 1960, la tasa global de fecundidad (TGF) se encontraba por encima de 7 hijos por mujer. A partir de la segunda mitad de la década de los sesenta, pero sobre todo en los primeros años de los setenta, se registra una significativa disminución del nivel de la fecundidad, hasta alcanzar un promedio de 2.55 hijos por mujer en 1998.

Las tendencias seguidas por la mortalidad y la fecundidad han determinado no sólo el ritmo de crecimiento de la población, sino también marcados cambios en su composición por edades. Por un lado, la disminución de la mortalidad origina un progresivo aumento de la sobrevivencia, reflejada en la pirámide de población por un número cada vez mayor de personas que llegan con vida hasta las edades adultas y avanzadas. Por el otro, la disminución de la fecundidad se traduce en un estrechamiento de la base de la pirámide, puesto que, a medida que la transición se profundiza, el número de nacimientos es cada vez menor. Ambos procesos conducen a un gradual envejecimiento de la población, caracterizado por una menor proporción de niños y jóvenes, así como un paulatino aumento del peso relativo de las personas en edades adultas y avanzadas.

### ***Cambios en la intensidad y el calendario de la fecundidad***

Un análisis más detallado de la evolución reciente de la fecundidad implica concebir a esta variable demográfica como el resultado acumulado de una serie de eventos interdependientes de naturaleza secuencial y temporal. Ello sitúa el análisis de los intervalos de nacimiento y la forma en que las mujeres transitan de una paridad a la siguiente como aspectos centrales en el estudio de los niveles y tendencias de la fecundidad. Utilizando como fuente de información las historias retrospectivas de embarazos contenidas por las encuestas sociodemográficas y con base en medidas de intensidad (proporción de una cohorte de mujeres que eventualmente se mueven a la paridad siguiente) y calendario (intervalo de tiempo que lleva a una cohorte de mujeres completar la transición de una paridad a la siguiente), es posible afirmar que el descenso de la fecundidad en México fue estimulado por el comportamiento de las mujeres que iniciaron el segundo intervalo y subsecuentes a finales de los años sesenta, aunque el cambio más pronunciado ocurrió en las mujeres con mayor paridad como consecuencia del aumento en el uso de métodos anticonceptivos.

La transición de la unión al primer hijo (primer intervalo) ha sido particularmente rápida en todas las cohortes y se ha mantenido estable en todos los años considerados: alrededor del 95 por ciento de las mujeres tiene su primer hijo en los cinco años iniciales del matrimonio. En el caso de la transición del primero al segundo hijo se observa que la proporción de mujeres que cierra este intervalo fluctúa entre 92 por ciento para aquellas mujeres que iniciaron su intervalo en 1957 y 74 por ciento para las que lo iniciaron en 1989. Variaciones más notorias se encuentran en la proporción de mujeres que completan la transición del segundo al tercer hijo (de 91 por ciento en 1960 a 59 por ciento en 1989), iniciándose esta disminución a mediados de los sesenta. El mayor cambio en la intensidad se registró en el cuarto intervalo, disminuyendo de 89 por ciento en 1960 a 52 por ciento en 1989. Consideradas en conjunto, estas tendencias permiten señalar que el rápido descenso de la fecundidad en México es resultado de una compleja combinación de tendencias diferenciales por paridad. En términos generales, puede decirse que la transición de la fecundidad ha involucrado reducciones significativas en la intensidad del segundo intervalo en adelante,

especialmente entre las mujeres que iniciaron su fecundidad a mediados de los años sesenta. Aun cuando estas reducciones involucraron a mujeres de paridades elevadas, pocos años después fueron seguidas por mujeres de paridades más bajas.

Con respecto a la duración que conlleva el tránsito de un evento reproductivo al siguiente, se encuentra que a pesar del rápido ritmo de descenso en la proporción de mujeres con paridades elevadas, el calendario no mostró variaciones significativas. Sólo entre aquellas mujeres que iniciaron su fecundidad a principios de los setenta se empiezan a notar cambios importantes en los patrones temporales en todos los intervalos, con excepción del primero. Utilizando la mediana como indicador del tiempo que les lleva a las mujeres completar una transición, se encuentra que la duración del primer intervalo ha permanecido prácticamente constante desde los años cincuenta (alrededor de 13 meses). En los intervalos siguientes se observa un incremento de la duración a partir de la década de los setenta, el cual no fue exclusivo de las mujeres de paridades altas. De hecho, los incrementos del calendario fueron de mayor magnitud en las paridades bajas. En ésta se observa que la mediana del segundo intervalo aumentó de 21.0 a 27.0 meses de principios de los años setentas a fines de los ochentas, mientras que para intervalos subsecuentes el aumento fue relativamente menor.

### ***Desigualdad social y transición demográfica***

Las cifras presentadas resumen algunas de las más importantes transformaciones recientes en materia demográfica. Expresan la participación libre y responsable de los mexicanos, quienes, a través de sus decisiones, prácticas y comportamientos individuales y familiares, han llevado a cabo desde los años setenta una verdadera y silenciosa revolución demográfica. Estas cifras revelan también los enormes desafíos demográficos de nuestro tiempo. Las desigualdades e insuficiencias de nuestro desarrollo se expresan en una transición demográfica hasta cierto punto "polarizada" donde las entidades más desarrolladas y los segmentos sociales acomodados y prósperos ya han alcanzado las fases más avanzadas de este proceso, mientras que los estados y grupos sociales y étnicos que experimentan los mayores grados de marginación se encuentran muy rezagados. La velocidad con la cual seguirá su curso la transición demográfica en los próximos años dependerá en buena medida de lo que ocurra con estas entidades y con los grupos sociales y étnicos del país que se encuentran en la situación más desfavorable.

Así, por ejemplo, la esperanza de vida de la población que reside en Chiapas y Oaxaca es de alrededor de 71 años, en contraste con la que se observa en Baja California, Distrito Federal y Nuevo León, que es de 75 años, lo que equivale a una diferencia de alrededor de cuatro años y a una sobremortalidad de 30 por ciento en las entidades que registran mayor rezago socioeconómico. Asimismo, la mortalidad infantil en las entidades de mayor marginación es más de dos veces mayor que la observada en las entidades de mayor desarrollo relativo (gráfica 1). Este mismo indicador refleja claramente las diferencias en las condiciones de salud entre la población pobre y no pobre. En el área rural, la primera presenta un nivel de mortalidad, en menores de un año, de más del doble que la segunda (61 y 29 defunciones por cada mil nacidos vivos, respectivamente) (Progres, 1997). La diferencia entre pobres y no pobres no es tan marcada en las áreas urbanas (gráfica 2).

En la fecundidad también persisten marcadas diferencias por grupos y regiones del país. Entre las mujeres sin escolaridad, la fecundidad era de 4.1 hijos en 1994, mientras que entre aquellas que habían cursado al menos un año de la enseñanza secundaria ascendía a 2.4 hijos. Por tamaño de localidad y por entidad federativa ocurren también importantes diferencias. En las localidades de

menos de 2,500 habitantes, la fecundidad promedio en ese mismo año era 1.2 hijos mayor que la de quienes residían en áreas urbanas (3.8 y 2.6 hijos, respectivamente). Asimismo, la fecundidad en las entidades de mayor desarrollo relativo (como Baja California, el Distrito Federal y Nuevo León) durante el periodo 1987-1991 era ligeramente menor a 2.5 hijos, mientras que en las entidades de mayor marginación (como Guerrero, Chiapas, Oaxaca y Puebla) se situaba por encima de 4.0 hijos por mujer (gráfica 3). Asimismo, se estima que las mujeres en situación de pobreza extrema tenían en 1994 una fecundidad de 5.1 hijos, esto es, 2.5 hijos más que el resto de las mujeres. Este nivel de fecundidad es similar al promedio nacional observado hace casi 20 años. Cabe hacer notar que los datos referidos a la intensidad y calendario de la fecundidad también permiten mostrar que entre las residentes de las localidades rurales y entre las mujeres sin escolaridad es superior la proporción de mujeres que transitan hacia los órdenes de paridad más elevados y también mayor la velocidad de reproducción, en comparación con las residentes de localidades urbanas y las mujeres con altos niveles de escolaridad.

Estos datos han llevado a algunos autores a sugerir que en México es posible identificar al menos tres diferentes regímenes demográficos: el de la prosperidad, el de los estratos medios y el de la pobreza. Los sectores sociales privilegiados fueron los pioneros del cambio demográfico y ellos se encuentran actualmente en una fase avanzada de la transición: exhiben niveles relativamente bajos de mortalidad, presentan una edad más tardía al momento tanto de contraer matrimonio como de dar a luz al primer hijo, y han incorporado la práctica de la anticoncepción con fines de espaciamiento y limitación de sus nacimientos. Asimismo, la etapa de expansión familiar --que se inicia con el nacimiento del primer hijo y termina con el nacimiento del último hijo-- suele ser de corta duración en las parejas pertenecientes a estos grupos. Este mismo patrón demográfico se ha extendido gradualmente hacia los estratos medios de la población.

En contraste, la pobreza y la marginación suelen ir acompañadas de una mortalidad relativamente temprana y una elevada morbilidad, altas tasas de fecundidad, una edad temprana al momento de contraer matrimonio y de tener el primer hijo (gráfica 4), así como de la débil difusión de las prácticas de limitación y espaciamiento de los nacimientos (gráfica 5), a la par que se caracterizan por presentar la etapa de expansión familiar de más larga duración. Esta situación da lugar a la conformación de un círculo vicioso que se retroalimenta de manera permanente y tiende a perpetuar contrastes, rezagos y un esquema de desarrollo profundamente desigual. La condición de pobreza --al restringir el acceso de los individuos a la estructura de oportunidades y delimitar el espacio social y el entretrejado de redes en los cuales participan-- ejerce una profunda influencia en el comportamiento demográfico de los sectores marginados, retardando la transición de altos a bajos niveles de mortalidad y fecundidad. A su vez, el rápido crecimiento demográfico de los grupos marginados hace más difícil el combate y la erradicación de la pobreza y propicia su transmisión intergeneracional.

## **La perspectiva del curso de vida**

La perspectiva del curso de vida aporta importantes elementos para explorar las relaciones recíprocas entre el cambio social y el cambio demográfico. Esta perspectiva incorpora el tiempo y la dimensión temporal como una expresión crucial de la vida social e institucional y como contenido central del proceso de socialización y de la construcción de las biografías, aportando valiosos elementos para comprender la interacción de los diferentes "relojes" que gobiernan el movimiento de los individuos y las familias a través de sus trayectorias de vida en una sociedad cambiante. Algunas de las premisas básicas de este enfoque: (i) ponen de manifiesto que el curso de vida es un proceso compuesto por un entretrejado de complejos dinamismos; (ii) reconocen las

relaciones recíprocas entre el individuo y el entorno institucional y social; (iii) recuperan la historia de los individuos, sus motivos y elecciones personales y sitúan estos elementos en el centro del análisis; y (iv) cuestionan los modelos estáticos, enfatizando la enorme "plasticidad humana" y la capacidad que tienen los individuos para modificar sus comportamientos.

Quizá la mejor síntesis elaborada para caracterizar la agenda de investigación de la perspectiva del curso de vida ha sido planteada por Glen Elder (1987), quien enfatiza cuatro modos de interdependencia temporal:

- la intersección entre trayectorias y transiciones dentro del curso de vida individual;
- la interdependencia entre las diferentes trayectorias de los miembros de la familia (vg., la del marido y de su cónyuge, la de los hijos, padres y abuelos, etc.);
- el vínculo entre la trayectoria individual y el desarrollo del colectivo familiar; y,
- la compleja interacción entre los tres aspectos antes indicados y el cambio sociohistórico.

Como ha señalado Tamara Hareven (1977), la perspectiva del curso de vida explora la sincronización entre el tiempo individual, el tiempo familiar y el tiempo histórico, buscando integrar los polos de las dicotomías clásicas (por ejemplo, estructura y acción, biografía e historia y procesos del nivel micro y macro). Este enfoque ofrece el potencial para conectar el desarrollo individual y familiar con las grandes estructuras y procesos macrosociales, cada uno operando con su propio marco temporal.

Los conceptos de rol social,<sup>8</sup> dominios institucionales, trayectorias y transiciones, cohorte,<sup>9</sup> género e identidad de género<sup>10</sup> son utilizados en este trabajo como herramientas analíticas rectoras. La noción de dominio del curso de vida remite a una esfera institucional, un campo de actividad,

---

<sup>8</sup> El concepto de *rol social* es definido aquí como un patrón de comportamiento asociado con la posición que los individuos guardan en un determinado dominio institucional de la sociedad, lo que implica obligaciones y derechos personales y un flujo de relaciones entre la persona y los miembros del círculo social o institucional de pertenencia.

<sup>9</sup> El concepto de *cohorte* (Ryder, 1964) es útil para examinar los cambios en las trayectorias o patrones del curso de vida de los individuos nacidos en épocas históricas distintas. Dicho concepto sugiere que los individuos nacidos en una misma época se mueven a lo largo de sus vidas en un contexto histórico determinado y que sus integrantes, conforme envejecen, tienen una variedad de experiencias en común que los puede llevar a elecciones comportamentales similares. La sucesión de cohortes brinda un mecanismo que vincula el comportamiento sociodemográfico con el cambio social. Como se sabe, las cohortes más recientes tienden a diferir de las anteriores en formas variadas y diversas. La magnitud, composición y características de las cohortes tienden invariablemente a promover el cambio social y éste a su vez abre nuevas avenidas y oportunidades que dejan huella en la trayectoria seguida por los individuos del nacimiento hacia la muerte. Conviene recordar también que ni las transformaciones sociales ni los eventos de un periodo específico afectan a los sectores de la sociedad de la misma forma, por lo que el análisis se ve enriquecido si se toman en cuenta las experiencias de subcohortes particulares (por sexo, estrato socioeconómico de pertenencia o clase social, nivel de escolaridad, residencia rural urbana, entre otras).

<sup>10</sup> Los conceptos de *género* e *identidad de género* son útiles para comprender la asignación de roles entre hombres y mujeres, toda vez que las relaciones de género están basadas en una división sexual del trabajo que mantiene la predominancia del varón y de lo masculino sobre la mujer y lo femenino. Su estricta observancia modela identidades, auto-estimas y la manera en la cual las mujeres experimentan e interpretan sus propias vidas. Los movimientos sociales han enfatizado la importancia creciente del involucramiento de las mujeres en, y el compromiso con, el desempeño de roles distintos al tradicional de esposa-madre-ama de casa. Hoy en día, muchas mujeres jóvenes combinan diferentes roles en múltiples y variadas formas de lo que lo hicieron sus antecesoras. Otras mujeres tienen menores oportunidades y un abanico de opciones más restringido.

pertenencia, membresía o participación dentro del cual los individuos pueden ser observados en cualquier momento en el tiempo. Ejemplos de dominios institucionales del curso de vida incluyen la escuela, el trabajo, la familia y el hogar, entre otros. Esta noción ha sido primordial para dar significado a la idea de las transiciones del curso de vida, las cuales suponen movimientos dentro, al interior o entre dominios institucionales específicos, la separación de o la integración a esferas particulares de actividad y alguna medida de rechazo, adaptación o aceptación de una nueva configuración de roles y estatus.

Cuando la persona entra o sale de un dominio institucional específico y sufre un cambio de estatus (convertirse en estudiante o dejar de serlo, contraer matrimonio o divorciarse, obtener un empleo de tiempo completo o retirarse del mercado), él o ella experimenta una transición del curso de vida. Ésta puede estar estrechamente relacionada a las transiciones que lleva a cabo el individuo en otros dominios institucionales, o bien vincularse secuencialmente con otras transiciones previas. Asimismo, la perspectiva del curso de vida asume que las transiciones en cualquier dominio pueden tener consecuencias inmediatas en las trayectorias seguidas por las personas en otros dominios o efectos acumulativos en sus vidas. Dichas transiciones pueden guiar a modificar, redirigir o reforzar trayectorias de vida, ya sea generando tensiones en las rutinas cotidianas o afectando importantes dimensiones de la vida. Las consecuencias de largo plazo no pueden ser evaluadas sin tomar en cuenta la naturaleza, calendario y orden de las transiciones y las resultantes líneas de adaptación.

Desde el punto de vista individual y familiar, las transiciones son importantes porque involucran, entre otros aspectos, la ocurrencia de eventos cruciales en la vida de las personas. Pero las transiciones son más que asuntos meramente personales o familiares, ya que reflejan también movimientos socialmente creados, socialmente reconocidos y socialmente sancionados (Modell y Hareven, 1978; Hagestad y Neugarten, 1985).<sup>11</sup> En este sentido, el tiempo biográfico se ve constreñido por las estructuras y procesos históricos, culturales, económicos y sociales que influyen en el momento o "timing" en el cual los varios roles, posiciones e identidades definidas por las estructuras convencionales de la vida social están "disponibles" para los individuos. Como sugieren Glaser y Straus (1967:85), el concepto de transiciones entre estatus denota "el tiempo en terminos de la estructura social".<sup>12</sup>

La dinámica del curso de vida emerge en parte del interjuego entre trayectorias y transiciones. Estos dos conceptos, dice Elder (1985:31), "...representan la visión de largo y corto plazo de alcance analítico. La dinámica del curso de vida tiene lugar en un extenso lapso [una trayectoria de trabajo, de matrimonio, etc.] y evoluciona dentro de un intervalo corto marcado por la transición de eventos específicos [contraer matrimonio o divorcio, entrar o salir de un hogar, etc.]. Las transiciones siempre están articuladas a trayectorias que les dan significado y forma distintiva".<sup>13</sup> Cabe hacer notar que la noción de trayectoria no prejuzga necesariamente la secuencia o velocidad con que se realizan las transiciones. En consecuencia, la perspectiva del curso de vida reconoce que los individuos pueden evitar algunos estados (como el de la paternidad), dejar o regresar a

---

<sup>11</sup> De hecho, ellas alteran o modifican la inserción de los individuos y las familias en la vida social e institucional.

<sup>12</sup> Las trayectorias están marcadas por la **ocurrencia**, **calendario** y **secuencia** de las transiciones del curso de vida. Diversos autores han prestado atención a una variedad de transiciones por su importancia en el funcionamiento ordenado y rutinizado de la sociedad. En este sentido, puede decirse que las transiciones del curso de vida representan sucesivos marcadores biográficos en el camino que los individuos transitan desde su nacimiento hasta su muerte.

<sup>13</sup> El concepto de trayectoria obliga al analista a moverse entre sincronía y diacronía, estructura y proceso, y entre scripts y acciones estratégicas, recobrando la vieja idea del interjuego dinámico entre trayectorias individuales y proyectos institucionales.

otros (casarse en primeras o segundas nupcias) y permanecer un tiempo variable en cualquiera de ellos (tales como la duración del período reproductivo).

En cualquier etapa de la vida, una persona puede estar envuelta en "clusters" o conjuntos de roles sociales que son cambiantes en tiempo histórico. Estos "clusters" pueden ser analizados en dos formas distintas: como espacio social y como sistema jerárquico desarrollado por la persona. El primero se refiere al número de dominios institucionales contenidos en un "cluster" y/o al número de roles en cada dominio institucional. El sistema jerárquico alude a la importancia que cada persona asigna al desempeño de cada role dentro del "cluster", el cual puede ser modificado a lo largo de la vida, conforme ella (o él) entre(n) [o salga(n)] de roles determinados (Lopata, 1992).

Esta investigación enfatiza el análisis de las experiencias del curso de vida individual en una dimensión específica: la familia. Se asume que la vida de las personas y sus trayectorias son influidas no sólo por el número y contenido de los roles familiares que desempeña, sino también por el calendario y secuencia en la que se asumen y por cuánto tiempo. La variedad de transiciones que los individuos experimentan durante su curso de vida ofrece un locus ideal para examinar la interacción de los diferentes procesos que gobiernan el movimiento de los individuos y sus familias en el contexto de una sociedad en constante cambio. En este documento estoy interesado en el curso de vida de las mujeres mexicanas, tanto en relación consigo mismas como con otros miembros de sus familias.

La familia ejerce una poderosa influencia en la estructura del curso de vida femenino. Este dominio institucional parece ser uno de los más críticos y el que tiene mayor influencia para moldear los patrones del curso de vida de las mujeres. Eventos como el matrimonio y el nacimiento del primer hijo, así como de los hijos subsecuentes, tienen un impacto considerable en las vidas de las mujeres. Como señalan Goldani y Pullum (1989:129), muchos eventos del curso de vida femenino y de las relaciones familiares resultan de la intersección de sus vidas con la de otros miembros de la familia. Por lo tanto, una estrategia para comprender mejor la dinámica familiar consiste en tomar a la mujer como punto de referencia.

### *Ser y llegar a ser mujer*

En cada sociedad la mujer desempeña múltiples papeles dentro de la familia. Al momento de su nacimiento empieza a desempeñar varios de ellos (vgr., como hija y hermana) y más tarde en su vida asume los papeles de esposa, madre y abuela. Este conjunto de papeles y relaciones familiares son forjados por normas e ideales culturales basados en el género y el parentesco, y operan a través de un complejo sistema de socialización que define "el deber ser de la mujer". En muchos contextos urbanos y rurales por ejemplo, las mujeres son socializadas desde muy temprano en la niñez para que cuiden de otros, y para que sean altruistas, amorosas y sumisas. Sin embargo cada cultura permite y aún estimula la diversidad individual dentro de los límites de la imagen predominante. No se ve a todas las niñas como iguales ni se espera que se conviertan en el mismo tipo de mujer. Además hay diferencias en las normas prevalecientes basadas en características raciales o étnicas y de clase.

En el proceso de convertirse en mujer, la niña entra y sale de una secuencia de papeles familiares y sociales, los cuales cambian también a través del tiempo o como respuesta a eventos históricos específicos. Cada papel contiene dentro de sí una diversidad de funciones y obligaciones que requieren de una diversidad de destrezas distintas. La investigación sociodemográfica ha documentado la multiplicidad de papeles que desempeña la mujer y la gran cantidad de exigencias

sobre su tiempo, energía, destrezas y buena voluntad. Al ser excluidas de varias esferas sociales, las mujeres han desempeñado con frecuencia estos papeles con un costo muy alto para ellas.

### *Trayectorias de vida de las mujeres en la edad adulta*

Peter Uhlenberg (1974) ofrece una estrategia metodológica para estimar la distribución de las mujeres pertenecientes a una cohorte o grupo de cohortes de acuerdo a las varias trayectorias posibles del curso de vida familiar entre los 15 y los 50 años de edad. El autor citado se pregunta si existe (o no) una trayectoria familiar socialmente prescrita en esta fase o etapa de la vida y, en caso afirmativo, si su prevalencia ha cambiado durante el último siglo. Para responder a esta pregunta identifica las pautas observadas en un grupo de cohortes de los Estados Unidos. Siguiendo a Uhlenberg, autores como Young (1982) y Goldani (1989) han utilizado una estrategia similar para estudiar las pautas de varias generaciones de mujeres de Australia y Brasil, respectivamente. El empleo de la tipología propuesta por Uhlenberg permite explorar los cambios observados en el curso de vida familiar e identificar algunos de sus determinantes principales. Cada mujer puede ser localizada en uno y sólo uno de las trayectorias que son identificadas a continuación. La tipología propuesta por el autor citado es la siguiente:

- Tipo I: Muerte Temprana.- Las mujeres que integran la cohorte mueren entre los 15 y los 50 años de edad.
- Tipo II: Solteras.- Las mujeres de la cohorte alcanzan con vida la edad de 50 años, pero permanecen solteras.
- Tipo III: Sin Hijos(as).- Las mujeres de la cohorte se casan, llegan con vida a la edad de 50 años, pero no tienen hijos(as).
- Tipo IV: Matrimonio Inestable con Hijos(as).- (a) el primer matrimonio termina con la muerte del cónyuge antes de que la mujer alcance los 50 años de edad, y, (b) El primer matrimonio termina en divorcio o separación antes de que la mujer cumpla 50 años de edad.
- Tipo V: "Preferido" o "Típico".- Las mujeres de la cohorte se casan, logran tener hijos(as) y alcanzan 50 años de edad viviendo en unión.

Las gráficas 6 a 9 presentan los resultados que se derivan de la utilización del método propuesto por Uhlenberg.<sup>14</sup> Las estimaciones se apoyan en la información proveniente tanto de los censos de población como de las encuestas nacionales sociodemográficas disponibles. Los datos disponibles permiten identificar cambios significativos en la distribución de las integrantes de sucesivos grupos de generaciones según su trayectoria de vida. En las gráficas citadas se podrá advertir que un creciente número de mujeres que sobreviven a la edad de 15 años siguieron el patrón "preferido" o "normativo". Así, por ejemplo, entre las mujeres que integran el grupo de generaciones 1861-1881, sólo 293 de cada 1,000 exhiben esa pauta. El número de mujeres cuyas trayectorias se ajustan al patrón indicado se incrementó gradualmente en el grupo de generaciones siguientes, hasta alcanzar una cifra de 688 de cada 1,000 entre las integrantes de la cohorte más reciente.

---

<sup>14</sup> Para una descripción detallada de la metodología, las fuentes de información utilizadas y los problemas de comparabilidad existentes entre esas fuentes, véase Tuirán, 1997.

La estrategia metodológica seguida permite estimar la influencia que han tenido los cambios en el comportamiento demográfico respecto a la prevalencia de las diferentes trayectorias identificadas. En primer término, resulta conveniente señalar que el descenso de la mortalidad tendió a incidir de dos maneras diferentes: (i) reduciendo drásticamente la proporción de los integrantes de cada uno de los grupos de generaciones que mueren antes de alcanzar 50 años de edad (i.e., de 415 por mil en el grupo de generaciones 1861-1881 a 95 por mil en el grupo de generaciones más recientes), con lo cual quedó abierta la posibilidad de que un creciente número de mujeres sobrevivientes pudieran seguir otras trayectorias, en particular el curso de vida "normativo", y, (ii) reduciendo la proporción de mujeres cuyos matrimonios resultaban disueltos por la muerte del cónyuge antes de alcanzar la finalización de la etapa reproductiva (la cifra pasa de 140 a 63 por cada 1000 mujeres).

Entre los componentes adicionales que influyen en la distribución de las mujeres que integran cada grupo de generaciones según las pautas del curso de vida se encuentran las variaciones en los patrones nupciales (expresado en términos de la proporción de mujeres que permanecen solteras), en la esterilidad voluntaria e involuntaria (i.e., la proporción de mujeres que no tienen hijos) y en la ruptura marital debido a separación o divorcio, los cuales dan lugar a la prevalencia cambiante de pautas no normativas. La influencia de estos factores ha sido menor si se les compara con el efecto resultante del descenso de la mortalidad. Los datos censales indican que los dos primeros componentes han tendido a disminuir gradualmente con el paso del tiempo. El primero declinó entre los grupos de generaciones sucesivas de 109 a 72 por 1000 mujeres sobrevivientes a la edad de 50 años, en tanto que el segundo componente pasó (con algunas fluctuaciones bruscas posiblemente atribuidas a la calidad y problemas de comparación de la información censal) de 130 a 50 por 1000 mujeres sobrevivientes a la edad indicada. Es probable que las mejoras en la nutrición y en las condiciones sanitarias hayan contribuido a reducir las tasas de esterilidad involuntaria (fisiológica).

El último componente es el que tiene que ver con los niveles y tendencias de la separación y el divorcio. Durante el presente siglo, se advierte un ligero pero continuo aumento en la proporción de mujeres pertenecientes a cohortes sucesivas que experimentan en sus vidas una ruptura marital por causas voluntarias (según los datos censales, su número pasa de 21 a 48 por 1000 mujeres sobrevivientes a la edad de 50 años, aunque cabe advertir que los datos de las encuestas indican un nivel superior pero relativamente estable). En suma, las tendencias demográficas observadas en las generaciones comprendidas entre 1861 y 1944 han tendido a favorecer -con excepción de la separación y el divorcio- una mayor prevalencia del llamado patrón "normativo" en la vida adulta de las mujeres.

### ***Condiciones de mortalidad***

De los datos presentados en la sección anterior se puede derivar fácilmente el papel sobresaliente que ha tenido el descenso de la mortalidad durante el siglo XX en la conformación de los cambios en los patrones del curso de vida de las mujeres mexicanas. Dicha disminución ha aumentado dramáticamente la probabilidad de que un recién nacido sobreviva hasta la vejez. Una mortalidad más baja significa que más mujeres sobreviven hasta la etapa adulta y también implica un mayor potencial para que pasen más años de su vida como integrantes o miembros de una familia. Mientras más personas sobrevivan hasta edades avanzadas, el sistema familiar tendería a beneficiarse de lapsos más extensos en el que coexistan tres, cuatro y aún hasta cinco generaciones. Watkins, Menken and Bongarts (1987:346) mantienen que Auna vida más larga altera los fundamentos demográficos de los roles familiares@ en todas las etapas de la vida, ya que las personas pueden permanecer por más tiempo en los estados de hijo, padre y cónyuge o en la

combinación de estos estados si así lo desean. Para profundizar en estos temas exploraremos primero la proporción de mujeres de cada cohorte sintética que sobreviven a edades seleccionadas. Utilizo la tabla de mortalidad por periodo para indagar acerca de las implicaciones que tiene para una cohorte hipotética de mujeres la continuación de las condiciones de mortalidad prevalecientes en un momento específico.

- El número de sobrevivientes a edades seleccionadas bajo condiciones de transición temprana, transición plena y transición avanzada es mostrado en la gráfica 10. Las tasas de mortalidad prevalecientes bajo el primer régimen implicarían que cerca de 90, 79 y 64 por ciento de una cohorte hipotética llegue con vida a las edades 15, 50 y 65 años, respectivamente. En contraste, bajo las condiciones de mortalidad existentes en el régimen de transición avanzada, las proporciones se incrementan a 96, 91 y 80 por ciento.
- Si se contrasta a las mujeres de una cohorte ficticia pertenecientes a hogares situados por debajo y por arriba de la línea de pobreza, se tiene que mientras en el primer caso 93, 81 y 65 por ciento llegan con vida a las edades indicadas, en el segundo caso las proporciones ascienden a 95, 89 y 76 por ciento (gráfica 11).

El notable aumento en la probabilidad de sobrevivir hasta la vejez, si bien con diferencias significativas, tiene implicaciones importantes para la estructura de las relaciones y roles familiares. De hecho el descenso de la mortalidad ha dado lugar a un aumento sin precedentes en el número potencial de años que los individuos sobreviven como miembros familiares en distintas condiciones o estatus. )Pero cuánto de este potencial ha sido efectivamente aprovechado? Como señalan Watkins, Menken y Bongarts (1987:346) A si el único cambio fuese la mortalidad, la respuesta sería sencilla: mayores duraciones en todos los estados. Sin embargo las reducciones en la mortalidad han estado acompañados de cambios en la fecundidad y la nupcialidad.@ Una pregunta relevante es la siguiente: )qué consecuencias ha tenido el efecto conjunto de estos cambios en la estructura y organización del curso de vida familiar de las mujeres mexicanas? Para dar respuesta a ésta y otras preguntas similares empleamos el modelo citado de Zeng Yi.

### ***Condición marital***

La distribución por estado marital de las integrantes de una cohorte a una edad dada está determinada por su experiencia matrimonial pasada (tanto en el matrimonio como en el divorcio, la viudez y el rematrimonio), así como por la sobrevivencia diferencial de sus miembros de acuerdo a su estado marital. Debido a que los patrones por edad de cada una de estos eventos ha experimentado grandes cambios durante las últimas décadas, las mujeres que pertenecen a las cohortes más recientes tienen historias mariales muy distintas de las experimentadas por las cohortes más antiguas. Más aún, las generaciones que llegarán a la vejez en la próximas décadas serán distintas de aquellas que arriban en la actualidad a esta fase de la vida.

La distribución porcentual por estado marital a edades seleccionadas de las mujeres integrantes de las cohortes sintéticas identificadas muestran que:

- El régimen de matrimonio casi universal parece resistir cambios. Sólo 3 por ciento de las mujeres permanecen solteras a la edad 50 bajo las condiciones demográficas prevalecientes durante el curso de la transición temprana, mientras que, más tarde, bajo las condiciones demográficas de transición plena y transición avanzada, la cifra se incrementa a 6 y 7 por ciento, respectivamente. Cabe hacer notar que los pobres también presentan un patrón de

nupcialidad marcadamente universal (2.6 por ciento de las mujeres permanecen solteras a los 50 años de edad versus 6.4 por ciento de las situadas por encima de la línea de pobreza) (gráfica 12).

- El matrimonio temprano todavía es la norma, aunque es posible que en el curso de los próximos años empiecen a ser visibles los efectos de una gradual postergación de la edad al matrimonio sobre la distribución por estado marital (gráficas 13 y 14). Bajo las tasas prevalecientes en los regímenes de transición temprana y transición plena, alrededor del 61-63 por ciento de las mujeres mexicanas permanecen solteras a la edad de 20 años. Conviene apuntar que las diferencias observadas entre pobres y no pobres no son muy significativas. En contraste, la proporción resultante bajo las condiciones demográficas en la transición avanzada (hipotesis III y IV) asciende a 73 por ciento.
- La proporción de viudas ha tendido a disminuir conforme declina la mortalidad. Los integrantes de las cohortes que han ingresado a las edades adultas y avanzadas en años recientes tienden a experimentar tasas de mortalidad más bajas que las cohortes más antiguas. En un contexto de baja mortalidad, así como de tasas reducidas de divorcio y rematrimonio, una proporción decreciente de cada cohorte logra arribar a edades avanzadas sin experimentar la muerte del cónyuge, mientras que una proporción creciente permanece casada. Los datos disponibles muestran que las proporciones resultantes bajo un régimen de transición temprana son más altas en todas las edades que las correspondientes a las dos siguientes fases. Por ejemplo, a la edad 50, casi 13 por ciento de las mujeres en la primera fase sería viuda, mientras que en la segunda y tercera fase solo 7 y 5 por ciento estaría en esa condición. Las diferencias entre pobres y no pobres son muy significativas a partir de esa edad (gráfica 15).
- La proporción de mujeres separadas y divorciadas sólo se incrementa ligeramente entre las dos primeras fases de la transición, lo que sugiere que la estabilidad marital es un importante rasgo del sistema matrimonial en México. El porcentaje de separadas y divorciadas tiende a incrementarse de los 20 a los 50 años de edad en las cohortes examinadas. De acuerdo con las tasas prevalecientes en el régimen de transición temprana, 8 por ciento de las mujeres a la edad 50 estaría divorciada o separada, mientras que bajo las condiciones prevalecientes durante las fases de transición plena y avanzada la cifra se incrementa a 9 por ciento. En este rubro no se advierten marcadas diferencias entre pobres y no pobres.

A continuación, introduzco un conjunto de evidencias que intentan dar respuesta a preguntas como las siguientes: )cuántos años, en promedio, las mujeres que pertenecen a una cohorte ficticia viven en los estados de soltera, casada, divorciada/separada o viuda? )qué proporción de cada cohorte desempeña roles de hija, esposa o madre a edades seleccionadas? )cuánto tiempo se espera que permanezcan en la condición de hija o madre? )las cohortes más recientes dedicarán más (o menos) años de su vida adulta como hijas/esposas/madres de lo que hicieron las cohortes más antiguas? Las preguntas son respondidas mediante dos tipos de medidas:

- El número o proporción de sobrevivientes de la cohorte que ocupan un estado o condición familiar  $s$  a la edad  $x$ , donde  $s$  puede ser una combinación de estados familiares.
- El número esperado de años a la edad  $x$  que se dedicarán a una condición familiar particular.

Estas medidas ofrecen una base empírica preliminar para construir lo que Watkins, Menken y Bongaarts (1987) denominan el "esqueleto esencial" de la historia de la familia, su evolución de largo plazo y sus fundamentos demográficos.

### *Ser esposa*

Los papeles asociados con la condición de esposa son cruciales en la vida de las mujeres mexicanas. Aun cuando hay indicios de que está aumentando la proporción de mujeres de las clases altas y medias que están retrasando el matrimonio, e incluso algunas están rechazando por completo los roles tradicionales asociados a esa condición, debemos señalar que casi todas las mujeres adultas eventualmente se unen. La entrada al matrimonio es un proceso complejo. Las mujeres mexicanas comúnmente seleccionan a su pareja de un conjunto de parejas potenciales, usualmente de la misma clase social (Ojeda, 1987). El noviazgo es un proceso que envuelve una serie de etapas, a las que en tiempos recientes se le ha añadido la cohabitación (Salles y Tuirán, 1996). Como una transición importante en la vida de las mujeres, el matrimonio modifica las relaciones existentes y redefine un nuevo círculo social. La edad al matrimonio y los roles desempeñados con anterioridad son factores importantes para determinar el grado en el cual el ingreso a la unión cambia los círculos de relaciones de la mujer y su auto-definición (Lopata, 1992).

Los roles familiares desempeñados por las mujeres como cónyuges han tendido a cambiar históricamente y también varían con la edad, la clase social de pertenencia, el lugar de residencia y la escolaridad de las mujeres. Si una mujer desempeña únicamente el rol de ama de casa, su vida e identidades se van diferenciando cada vez más de las de su esposo, quien permanece generalmente vinculado a la esfera pública. Sin embargo, en las últimas dos décadas las mujeres han enfrentado esta situación, poniendo en tela de juicio los estereotipos de la mujer sumisa, abnegada y sufrida. En muchos sentidos, las transformaciones recientes en la identidad de género de los hombres pueden ser atribuidas a las iniciativas de las mujeres. Sin embargo, esto no ha traído cambios profundos en la división del trabajo doméstico; las mujeres continúan haciéndose cargo de la gran mayoría de las tareas domésticas (cocinar, limpiar la casa, lavar y planchar, hacer las compras, entre otras). De hecho, cada vez más un mayor número de mujeres declara experimentar una doble jornada, en tanto que la participación de los hombres en el trabajo doméstico parece ser escasa, inconsistente y a veces inexistente.

Pero poco a poco las relaciones de género en el interior de la familia están cambiando. Algunos estudios de campo realizados en áreas urbanas reportan que actualmente los hombres de diversos grupos sociales, más que en otros tiempos, están asumiendo una mayor responsabilidad en las tareas del hogar. Los hombres jóvenes hablan con frecuencia de cambios intergeneracionales y usualmente declaran que ellos se responsabilizan de una mayor cantidad de tareas domésticas, comparativamente con sus padres. La explicación que a menudo invocan los varones de las colonias populares de la Ciudad de México para explicar este comportamiento es relativamente simple: por necesidad, es decir, porque tienen que hacerlo. Lo que casi siempre quieren decir es que en las familias grandes se ha hecho verdaderamente imprescindible la obtención de ingresos por ambos cónyuges, lo que en ocasiones lleva a que el esposo se responsabilice de algunas de las tareas del hogar. Pero la expresión empleada por casi todos los hombres para describir sus actividades en el hogar es la de ayudar a la esposa, lo que indica que los valores culturales imperantes todavía mantienen la supremacía masculina en la división doméstica del trabajo. El término ayudar también es empleado con frecuencia por las mujeres para describir su contribución al mantenimiento del hogar derivada del trabajo remunerado. Más aún, cuando se pregunta a las

parejas quién toma las decisiones principales en el hogar, las mujeres suelen declarar que es su conyuge quien lo hace. Debemos reconocer, sin embargo, que las mujeres tienen formas, tanto abiertas como subrepticias, de cuestionar las prerrogativas del hombre y de exigir que ellos asuman nuevas responsabilidades.

El mayor involucramiento de las mujeres en el trabajo remunerado está producido tensiones entre los roles tradicionales de los hombres y las mujeres en el matrimonio y el hogar. La cadena causal de eventos en las prácticas culturales emergentes, como el mayor involucramiento de los hombres en las tareas domésticas, es muy consistente. Comúnmente son las mujeres quienes inician estos cambios; al principio los hombres se resisten, sin que el asunto sea por completo resuelto. La mayoría de las veces se convierte en una fuente de tensión dentro del matrimonio y del hogar. Hay evidencia de que muchas mujeres que ingresan al mercado laboral a menudo enfrentan conflictos y violencia intra-familiar cuando intentan modificar la división del trabajo doméstico y los patrones de conducta tradicionales de sus cónyuges. Un estudio de los hogares mexicanos en los años ochenta concluye que: "La dignidad masculina ha sido golpeada de tal forma por la falta de empleo y la necesidad de depender de los ingresos adicionales de la mujer para la subsistencia, que los hombres se desquitan con sus esposas, provocando un aumento de la violencia doméstica" (Selby, Murphy y Lorenzen, 1990).

Con la separación y el divorcio, la mujer experimenta una transformación en el desempeño de diversos roles, lo que incide a su vez sobre diversos ámbitos de su vida cotidiana. Las mujeres divorciadas tienden a sufrir un cierto estigma, pierden valiosos apoyos sociales, se reduce su círculo de interacción y con suma frecuencia se ven obligadas a reconstruir el sistema de redes de apoyo en ausencia del esposo (Lopata, 1992). El matrimonio también se disuelve con la muerte. La viudez llega a alcanzar a la gran mayoría de las familias en etapas avanzadas del ciclo, lo que conlleva adaptaciones en la vida de las sobrevivientes, quienes a menudo viven situaciones muy dramáticas. El divorcio y la viudez tienen en común el hecho de que son eventos que pueden afectar tanto los arreglos de la vida familiar como los sistemas de apoyo y de bienestar individual. Pero también el divorcio y la viudez pueden representar para muchas mujeres la oportunidad de comenzar una nueva vida, dependiendo de cuán populares sean las segundas o terceras nupcias y las familias reconstituidas.

### *Años de vida adulta como esposa*

Los aumentos en la esperanza de vida han llevado a elegir entre una mayor duración de la unión o el matrimonio, casamientos múltiples o un mayor número de años viviendo como soltera durante una vida más larga: ¿cuántos años, en promedio, se espera que una mujer mexicana viva en los estados de soltera, casada, viuda, separada o divorciada? ¿los años de vida adulta resultantes en cada uno de esos estados podría ser interpretado como una indicación de las prioridades asignadas por las mujeres en sus vidas? Las gráficas 16 a 19 muestran el tiempo de vida esperado a edades seleccionadas en los diferentes estados maritales, así como la distribución porcentual bajo condiciones de mortalidad y nupcialidad prevalecientes en los regímenes de transición temprana, transición plena y transición avanzada. Para llevar a cabo este análisis, utilizo una medida muy familiar para los demógrafos: la esperanza de vida a los 15 años de edad y procedo a formular la siguiente pregunta: ¿en su vida restante, cuántos años permanecerá, en promedio, en el estado de casada? Las gráficas señaladas indican que:

- una mujer mexicana que sobrevive a la edad de 15 años bajo condiciones de transición temprana espera vivir un total de 57 años, de los cuales 9 años permanecerá soltera (15 por

ciento), 34 años estará casada (60 por ciento) y 14 años vivirá en el estado de divorciada o viuda (25 por ciento) (gráficas 16 y 18). Bajo las condiciones prevalecientes en la fase de transición plena, la esperanza de vida se incrementaría a 63 años, de los cuales viviría 11, 38 y 14 años en los estados indicados (es decir, 60, 17 y 22 por ciento, respectivamente). Finalmente, bajo las condiciones de transición avanzada, la esperanza de vida de las mujeres a los 15 años aumentaría a 66 años. Esta cifra puede ser descompuesta de la siguiente forma: 13 años como soltera (20 por ciento), 39 años en el estado de casada (59 por ciento) y 14 años en el estado de viuda o divorciada (21 por ciento). Cabe hacer notar que la diferencia entre pobres y no pobres es similar a la que se observa entre la fase de transición temprana y la fase de transición plena (gráficas 17 y 19).

La comparación entre los tres regímenes demográficos confirma que las cohortes de mujeres sobrevivientes a los 15 años de edad ven aumentar su esperanza de vida en 9 años y permanecen casadas 5 años más. Ello es así debido a tasas de divorcio o separación relativamente bajas en todos los escenarios y a pesar de que, quienes viven bajo condiciones demográficas de transición avanzada, se casan en promedio un poco más tarde. Se advertirá que la importante declinación de la mortalidad crea el potencial para que un creciente número de parejas sobreviva a edades adultas y avanzadas con sus matrimonios intactos, lo que sugiere que la institución matrimonial en México sigue siendo sólida y fuerte. Esta situación es similar a la observada en China y contrasta con las tendencias observadas en Estados Unidos, Bélgica, Holanda y Brasil, donde se observa que el tiempo que la mujer dedica a desempeñar los roles de casada es mucho menor que el potencial ofrecido por una esperanza de vida mayor.

### *Ser madre*

Los derechos y responsabilidades asociados con la condición de madre varían de una sociedad a otra. Estos dependen de la posición de la mujer frente al hombre, de la edad, la clase social, el grupo étnico, el estado marital y las fuentes de apoyo, así como también de las características de cada uno de los hijos (sexo, edad, orden de nacimiento y salud, entre otras) (Lopata, 1992). Más aun, las responsabilidades y derechos de la madre cambian conforme ella envejece y sus hijos crecen, desarrollan nuevas destrezas y conocimientos, adquieren nuevos roles sociales y modifican sus círculos sociales. En diversas culturas, la identidad de género de la mujer se construye predominantemente mediante el ejercicio de sus papeles como esposa y madre. De hecho, en esos contextos la maternidad a menudo ha sido descrita como el destino de toda mujer, su meta principal en la vida y su único medio de alcanzar la plenitud como ser humano. El papel de la madre en la familia mexicana todavía está ligado a la imagen idealizada de la familia "perfecta" con una clara división sexual del trabajo, la cual consiste de un marido/padre/proveedor y una esposa/madre/ama de casa, encargada de la crianza de los hijos.

La cultura mexicana consagra e idealiza la maternidad hasta llegar incluso al ridículo ("maternidad sagrada", "ángel del hogar"). El culto a lo doméstico y la doctrina de las esferas separadas (ámbito privado versus ámbito público) es acompañada de la exaltación de la naturaleza femenina que hacen de la mujer la recipiente de todo cuanto es decente, gentil, devoto y virtuoso. La maternidad también ha sido representada como una gran responsabilidad derivada del privilegio de ser mujer. Dentro del hogar, las madres son responsables de la mayoría de las decisiones diarias en torno al cuidado de la salud y la educación de los hijos, mientras que los hombres por lo general no asumen responsabilidad alguna en su crianza. Los hijos, especialmente los menores y jóvenes, suelen ser responsabilidad de la madre y ambos cónyuges ven esa actividad como estrictamente doméstica.

Los varones se reconocen principalmente como proveedores económicos de la familia y las mujeres como responsables del cuidado de la casa y la crianza de los hijos.

El tener hijos después de casados es algo que se da por sentado. De hecho, muy pocas personas deciden no tener hijos. Hay muchas razones por las cuales los mexicanos sí quieren tener hijos. Para hombres y mujeres de diversos sectores sociales, los hijos brindan la oportunidad de demostrar "lo que uno vale". De hecho, los hijos son considerados como un regalo y como una forma de fortalecer la relación entre los padres. Sin embargo, las parejas mexicanas de hoy están teniendo menos hijos que las parejas de generaciones anteriores. La disponibilidad de métodos anticonceptivos ha favorecido la adopción de la práctica de la planificación familiar. De hecho, las restricciones normativas en contra de la anticoncepción se han debilitado rápidamente. Diversas transformaciones sociales y culturales (por ejemplo, mayor acceso a la educación, aumentos en las tasas de participación de la mujer, la desvinculación de las relaciones sexuales de la reproducción, el hecho de que la identidad de mujer no este tan estrechamente ligada a la maternidad, entre otros) han implicado una reevaluación profunda de las identidades y relaciones de género en el México actual. La disponibilidad de métodos anticonceptivos seguros y eficientes ha permitido a la mujer evitar los embarazos no deseados. Esto ha venido a significar una reducción considerable en el número de años que una mujer dedica en promedio durante su vida a la reproducción y crianza de los hijos, aunque para la mayoría de las mujeres que viven en la pobreza este cambio ha sido lento y es constantemente obstaculizado por prácticas y estructuras sociales discriminatorias.

En esta sección se intenta dar respuesta a preguntas como las siguientes: )de qué manera la transición de la fecundidad afecta el número y la distribución porcentual de las mujeres a edades seleccionadas por paridad? )cuál es la proporción de mujeres que permanecen sin hijos a edades seleccionadas si las condiciones demográficas imperantes en 1970-74, 1990-94 y 2005 persistieran durante el curso de sus vidas? )de qué manera la proporción de mujeres de alta paridad a los 50 años de edad cambia durante la transición demográfica? )cuáles son las implicaciones de política de las actuales distribuciones por paridad?

La evidencia disponible indica que el comportamiento reproductivo de las parejas mexicanas ha registrado un cambio impresionante:

- A los 25 años de edad, cerca del 17 por ciento de las mujeres alguna vez unidas que viven bajo un régimen de transición temprana no tendrían hijos, mientras que 31 por ciento tendría 3 hijos o más. Las cifras correspondientes al régimen de transición plena y avanzada son 16 y 15 por ciento y 22 y 3 por ciento, respectivamente.
- A los 50 años, en un régimen de transición temprana, 7 por ciento de las mujeres alguna vez unidas no tendría hijos y 59 por ciento tendría 4 hijos o más. Bajo las condiciones demográficas que suponen los regímenes de transición plena y avanzada, las cifras serían de 5 y 27 por ciento y de 6 y 4 por ciento, respectivamente.

La transición demográfica en México ha implicado reducciones importantes de la fecundidad que comenzaron a producirse en las paridades elevadas (5 hijos y más) y gradualmente se filtraron hacia paridades menores. Ello también es evidente entre pobres y no pobres, aunque se advierte entre los primeros un marcado rezago en el proceso de transición demográfica (gráfica 20).

Debido a que el número de hijos nacidos vivos no es equivalente al número de hijos sobrevivientes, se incluye en las gráficas 21 y 22 la distribución porcentual de mujeres alguna vez unidas a edades

seleccionadas por paridad y el correspondiente estatus de supervivencia de sus hijos. Esta información nos recuerda que los padres continúan siendo padres hasta en tanto los hijos sobrevivan. En esta sección, las preguntas relevantes son las siguientes: ¿cómo interactúa la declinación de la fecundidad y la mortalidad? ¿de qué manera el descenso de la mortalidad afecta el número y la proporción de hijos sobrevivientes de acuerdo con la paridad de la mujer? ¿cuál es la proporción de las mujeres alguna vez unidas que tiene hijos sobrevivientes a edades y paridades seleccionadas en cada fase de la transición?

La información disponible muestra que las condiciones de mortalidad son claramente desfavorables durante las etapas tempranas del proceso de transición demográfica. En contraste, es poco común que un menor muera antes que su madre durante las fases avanzadas de la transición.

- bajo las condiciones de mortalidad y fecundidad prevalecientes en un régimen de transición temprana, 9 por ciento de las mujeres alguna vez unidas que dan a luz a un sólo hijo no les sobreviviría cuando ellas alcancen la edad de 35 años. La cifra se reduce a 4 y 2 por ciento en las condiciones prevalecientes en los regímenes de transición plena y avanzada, respectivamente.

La evidencia revela notables declinaciones tanto de la fecundidad como de la mortalidad de los hijos. Estos elementos pueden ser resumidos de la siguiente forma:

- Durante el curso de la transición demográfica, un mayor número y una creciente proporción de mujeres se convierten en madres, aunque actualmente son madres de un menor número de hijos;
- Madres e hijos tienen una mayor probabilidad de supervivencia a cada edad y viven mucho más tiempo.

Estas consideraciones son válidas para pobres y no pobres, aunque entre estos grupos se advierten marcadas diferencias.

En la sección siguiente exploraré las respuestas a preguntas como las siguientes: ¿cuáles son las implicaciones sociales y económicas derivadas del cambio de la mortalidad y la fecundidad? ¿cuáles son los efectos de la declinación de la mortalidad sobre la estructura de las dependencias y la duración de los lazos familiares entre madres e hijos? ¿cómo afecta el cambio de la mortalidad las perspectivas de interacción familiar en las varias etapas del curso de vida? ¿qué significa para las madres de edades avanzadas y para los hijos adultos? ¿cómo se "ajustan" o "adaptan" madres e hijos a las nuevas condiciones demográficas?

Los diferentes escenarios revelan que la declinación de la mortalidad tiende a incrementar de manera significativa la proporción de mujeres alguna vez unidas con hijos sobrevivientes:

- Bajo las condiciones demográficas prevalecientes en el régimen de transición temprana, 84 por ciento de las mujeres alguna vez unidas con paridad uno aún tendrían a su hijo vivo al llegar a la edad de 65 años. En contraste, durante las dos fases siguientes la proporción correspondiente se incrementaría a 93 y 96 por ciento, respectivamente.
- La proporción de mujeres de paridad 2 que tendrían ambos hijos aún vivos a la edad indicada ascendería a 62 por ciento en el régimen de transición temprana, mientras que si las

condiciones demográficas propias de las fases de transición plena y transición avanzada prevalecen, la proporción correspondiente alcanzaría 85 y 91 por ciento, respectivamente.

- La proporción de mujeres de paridad 3 que no experimentarían la muerte de ninguno de sus hijos ascendería a 57, 78 y 86 por ciento de mantenerse las condiciones demográficas de transición temprana, plena y avanzada, respectivamente.

El conjunto de estimaciones presentadas ilustra las cambiantes probabilidades de las mujeres alguna vez unidas, de varias paridades, de llegar con vida a los 65 años de edad con hijos sobrevivientes bajo condiciones diferentes de mortalidad. La muerte de alguno de los hijos no era un hecho excepcional para quienes sobrevivían a edades avanzadas en tiempos pasados. Sin embargo, en un régimen de baja mortalidad, no es necesario dar a luz a más de dos hijos para estar relativamente seguro que las parejas tendrán al menos un hijo sobreviviente cuando alcancen la tercera edad.

### *Años de vida adulta como madre*

En diversas sociedades, las mujeres tienen la responsabilidad de mantener a su descendencia hasta que crecen y alcanzan la independencia económica. Como resultado, las mujeres dedican una parte importante de su vida adulta a proveerles apoyo emocional y cuidado. La duración de los vínculos familiares está influida por el efecto combinado de la fecundidad y la mortalidad. Con el fin de explorar este tema, a continuación presentamos el número esperado de años que las mujeres alguna vez unidas dedicarán a desempeñar el papel o rol de madre. En este trabajo, enfatizo un segmento específico del curso de vida de las mujeres durante el cual existe el potencial para dar lugar a un exceso de responsabilidades, que corresponde a aquellas edades de los hijos cuando son más demandantes (por abajo de los 5 años y por abajo de los 18 años).

Los efectos de la mortalidad y la fecundidad en la determinación del número de años que una mujer espera dedicar a la crianza y el cuidado de sus hijos es un asunto complejo. El cambio de la mortalidad tiende a incrementar el número de años con hijos sobrevivientes, mientras que el cambio de la fecundidad y las prácticas de espaciamiento tienden a contrarrestar parte de ese potencial. El efecto combinado de la declinación de la fecundidad y la mortalidad se ve reflejado, en última instancia, en la interacción familiar y en la duración de los vínculos familiares. Siguiendo esta idea, en este trabajo exploro las siguientes preguntas: ¿cuántos años una mujer mexicana a edades seleccionadas esperaría dedicar, en promedio, a desempeñar el rol de madre? ¿cuántos años esperaría dedicar, bajo las condiciones demográficas en cada periodo, como madre de hijos menores de cinco años o menores de 18? ¿cómo resulta afectada la esperanza de vida en el rol de madre debido a los cambios en los patrones de mortalidad y fecundidad?

Las simulaciones indican que las mujeres mexicanas dedicarían cada vez más tiempo de sus vidas a desempeñar el rol de madres (entre 5 y 7 años más) bajo las nuevas condiciones demográficas que bajo las antiguas. Por lo tanto, a pesar de la declinación de la fecundidad durante la transición, las ganancias en la esperanza de vida tenderían a reflejarse en un incremento del número de años vividos en su condición de madres (gráficas 23 y 24).

- A la edad de 15 años, las mujeres alguna vez unidas esperarían dedicar durante su vida, bajo condiciones demográficas de transición temprana, alrededor de 42.5 años con hijos sobrevivientes de cualquier edad, en tanto que durante las dos fases siguientes se incrementaría a una cifra de entre 48 y 50 años.

- Cerca del 55 por ciento de la esperanza de vida de las mujeres alguna vez unidas a la edad de 15 años estaría dedicado, bajo un régimen de transición temprana, a vivir como madre de más de tres hijos sobrevivientes, mientras que en las dos fases siguientes la proporción correspondiente se reduce a 20 y 3 por ciento, respectivamente.

Si ahora concentramos nuestra atención en la esperanza de vida (a partir de los 15 años de edad) como madre de al menos un hijo sobreviviente menor de 5 años, es posible observar que no sólo el tiempo que permanecería en ese estatus es menor en los regímenes demográficos más avanzados, sino que también es más reducido el número de años que ella dedicaría simultáneamente a la crianza y cuidado de dos o más hijos sobrevivientes de esas edades. Ello es el resultado de niveles más bajos de fecundidad y de prácticas cambiantes de espaciamiento en las fases de transición plena y avanzada: las mujeres tienden a postergar su primer embarazo, los intervalos son más espaciados y terminan más tempranamente el proceso de formación familiar. De esta manera, al limitar el número de hijos que las madres crían, la transición de la fecundidad tiende a reducir la carga de las mujeres que deriva del cuidado de los hijos en las edades más dependientes.

- Una mujer que vive bajo las condiciones demográficas de transición temprana dedica 10 años de su vida a criar y cuidar a niños menores de 5 años. Cerca del 31 por ciento de ese tiempo tiene que invertirlo a dos hijos simultáneamente de esas edades. En las dos etapas siguientes, la esperanza de vida en esa situación disminuye a 8.2 y 6.5 años y la proporción de ese tiempo dedicado a cuidar de manera simultánea dos o más hijos de esas edades asciende a 20 y 12 por ciento, respectivamente.

Asimismo, la esperanza de vida (a los 15 años de edad) de una mujer alguna vez unida dedicado a cuidar hijos menores de 18 años no cambia mucho durante el curso de la transición demográfica (de 22 a 20 años), aunque es evidente que la proporción del tiempo que es invertido a cuidar 2 o más hijos de esas edades disminuye marcadamente (de 67 a 43 por ciento).

### *Ser hija*

Hoy en día la condición de hija es la de mayor duración de entre todos los roles que desempeña una mujer. El aumento en la esperanza de vida se refleja en un incremento en el tiempo de vida adulta como hija. Los derechos y responsabilidades de las hijas, así como el flujo de las relaciones y el contenido de los círculos sociales en los cuales participan, cambian a través del tiempo. Las hijas tienen obligaciones hacia sus padres, aunque cada sociedad y clase social tiene sus propias normas respecto a las responsabilidades de las hijas. Frecuentemente estas responsabilidades no son iguales que los derechos y responsabilidades de los hijos. Las responsabilidades de las hijas hacia sus padres, que son emocionales y de ayuda material, tienden a cambiar y aún a aumentar mientras ellas envejecen.

La cantidad y el tipo de apoyo que provee la hija depende de muchos factores, incluido el contexto social: la sincronización de los eventos en el curso de vida de ambas generaciones, el hecho que la hija asuma roles que entran en conflicto con las demandas de sus padres y la facilidad con la que pueda brindarles apoyo y cuidado, así como las necesidades y recursos intergeneracionales (Lopata, 1192). Los aspectos que han sido estudiados más frecuentemente enfatizan la etapa en la cual los padres ya no pueden cuidarse a sí mismos por completo. Sin la protección de programas de seguridad o asistencia social, el peso del cuidado de los padres muy viejos y/o enfermos descansa en sus hijos u otros parientes. En muchas sociedades de América Latina, el cuidado

familiar generalmente recae en la mujer/hija, ya que son ellas las proveedoras más importantes de apoyo a los padres cuando alcanzan la tercera edad, especialmente de las madres viudas. Aun las hijas que viven separadas de sus padres mantienen fuertes vínculos económicos y emocionales con ellos. Frecuentemente los hijos proveen una menor cantidad de apoyos y tienden a ser segregados en la división del trabajo por género, lo cual se extiende a través del ciclo de vida. En otros contextos, las hijas proveen menos ayuda a los padres en comparación con los hijos, debido a que ellas se casan, se van del hogar y viven con la familia del esposo.

La mayoría de las hijas adultas están dispuestas a atender a sus padres cuando alcanzan edades avanzadas y ven esta tarea como una forma de reciprocidad frente al cuidado que ellas recibieron durante la niñez. Pero la atención de sus padres es también una carga muy pesada y a menudo ocupan parte de su vida adulta con esa responsabilidad. De hecho el cuidado de los ancianos suele durar varias décadas, lo cual puede poner en peligro el futuro y la seguridad económica de las hijas. Por lo tanto, a continuación me propongo dar respuesta a preguntas como las siguientes:  
)cuál es la proporción de mujeres que tienen padres sobrevivientes en cada fase de la transición?  
)cuánto tiempo vivirán como hijas de padres que están vivos y por cuánto tiempo permanecerán como hijas de padres de la tercera edad?

La proporción de hijos con al menos un padre sobreviviente ha crecido dramáticamente, especialmente en las edades avanzadas, aunque ha sido más común para ellos tener una madre que un padre sobreviviente. Los cambios son notables:

- Bajo las condiciones demográficas de transición temprana, cerca del 94, 76 y 12 por ciento de todas las mujeres de 15, 35 y 65 años esperarían tener a su madre viva a esas edades, respectivamente. Estas proporciones se elevan a 98,86 y 20 por ciento en la segunda fase y a 99, 90 y 24-27 por ciento en la última.

La información disponible confirma la aseveración de Menken (1985): AEs en verdad una experiencia nueva para una amplia mayoría de mujeres (en las edades 15, 35 ó 65) que tengan madres que estén aún con vida. El descenso de la mortalidad significa que los padres permanecerán un mayor tiempo con hijos y nietos. Aun cuando las hijas pospongan su descendencia, muchas de ellas todavía tendrán expectativas de que sus hijos puedan crecer con abuelos activos". Esta aseveración es válida tanto para pobres como para no pobres, a pesar de las diferencias de mortalidad, fecundidad y nupcialidad prevalecientes.

### *Años de vida adulta como hija*

Una fracción importante de la esperanza de vida de una mujer adulta (a la edad de 15 años) es dedicada a desempeñar los roles de hija de una madre sobreviviente y esa esperanza tenderá a crecer conforme avanza la transición, pasando de un promedio de 29.4 años en la fase temprana, a 36 años en la fase de transición plena y a 39 años de la fase avanzada. Entre los pobres y los no pobres los indicadores respectivos son 25 y 32 años (gráfica 25).

Al combinar las tasas de sobrevivencia de padres y madres, es posible calcular la esperanza de vida de las mujeres que sobreviven a los 15 años de edad con un padre (padre o madre) o ambos padres sobrevivientes a cualquier edad, o con al menos un padre sobreviviente de 65 años o más. Los datos disponibles indican que en todas las fases hay una significativa diferencia entre el número de años que una hija esperaba vivir con ambos padres o al menos con uno de ellos.

- El número de años que una mujer de 15 años de edad esperaría convivir con al menos uno de sus padres (de cualquier edad) es de 35.8, 41.3 y 44 años en cada una de las tres fases sucesivas de la transición, lo que significa un incremento de entre 8 y 9 años. Entre los pobres y los no pobres, los indicadores son 33 y 38 años, respectivamente.
- La esperanza de vida de las mujeres a la edad de 15 con los dos padres sobrevivientes sería de 19.3, 25.1 y 28-29 años en las fases temprana, plena y avanzada, respectivamente. De nueva cuenta, la diferencia es de entre 9 y 10 años. Entre los pobres y los no pobres los indicadores respectivos son 15 y 19 años.

A medida que la esperanza de vida aumenta se producen cambios en las necesidades de salud de los ancianos, con el consecuente aumento del tiempo durante el cual padecen enfermedades y discapacidades y por tanto demandan una mayor atención, cuidado y apoyo. Este contexto da lugar a profundos cambios: hombres y mujeres de todas las edades tienen que adaptarse a los nuevos ritmos de la vida impuestos por este tipo de responsabilidades, a las cambiantes percepciones tanto del curso de vida como de las normas y expectativas sociales emergentes relacionadas con la edad, a los cambios en el estado de salud, y a las nuevas oportunidades y problemas de adaptación que acompañan una vida más larga. El aumento en la longevidad de los padres marca las trayectorias de vida de las hijas, influyendo, por lo tanto, en una demanda más prolongado de tiempo con responsabilidades intergeneracionales.

- El número de años que las hijas esperan vivir en promedio con al menos un padre sobreviviente de 65 años o más asciende de 15.9 a 21 y 23.1 años en las tres fases de la transición. Entre los pobres y los no pobres los indicadores son 12 y 18 años, respectivamente.
- El número de años que las hijas esperan vivir en promedio con los dos padres sobrevivientes de 65 años o más pasa de 2.8 a 4.9 y a 6.6 años en las fases temprana, plena y avanzada, respectivamente. Entre los pobres y los no pobres los indicadores son 2 y 4 años, respectivamente.

Estos datos sugieren que la declinación de la fecundidad y la mortalidad podría comprometer, en el largo plazo, la capacidad de las familias para seguir brindando apoyo a las personas de la tercera edad. Los adultos económicamente activos de los hogares podrían enfrentar una doble carga: para algunos significaría garantizar la subsistencia de menores y ancianos, mientras que para otros podría implicar el hacerse cargo de sus ancianos durante su propio retiro. De esta manera, vale la pena preguntarse: ¿cuántos años esperaría vivir una mujer (a la edad de 15 años) con padres de la tercera edad y con hijos dependientes?

- La esperanza de vida con la responsabilidad de velar por la atención de padres o de los hijos se incrementaría de 29.5 años a 33 y 35 años en las tres fases sucesivas de la transición. Entre los pobres y los no pobres los indicadores son 27 y 31 años, respectivamente.
- La esperanza de vida con la responsabilidad de velar por la atención de padres e hijos pasaría de 8 a 10 años entre el viejo (1970-74) y el nuevo régimen demográfico (2005), mientras que entre los pobres y los no pobres los indicadores son de 6.5 y 9 años, respectivamente.

En suma, los resultados de este trabajo muestran que la esperanza de vida con responsabilidad hacia los padres tiende a incrementarse durante el curso de la transición demográfica, mientras que

la carga que representan los hijos tiende a disminuir. Por esta vía, la transición demográfica contribuye a detonar profundos cambios en las trayectorias de vida de las mujeres. Esta conclusión es válida para los segmentos pobres y no pobres, aunque es evidente que el proceso enunciado ha sido más rápido e intenso en el segundo grupo.

## BIBLIOGRAFIA

- Bongaarts, John 1987. AThe Projection of Family Composition over the Life Course with Family Status Life-Tables@ [en] J. Bongaarts, *et. al.* (eds.), *Family Demography: Methods and Applications*, Oxford: Oxford University Press, pp. 189-212.
- Coale, A. and D. McNeill. 1972. AThe Distribution by Age of First Marriage in a Female Cohort@ [en] *Journal of the American Statistical Association*, 67: 743-749.
- Elder, G., *Life course dynamics. Trajectories and transitions*, Cornell University Press, Ithaca, 1987.
- Glaser, B. y A. Straus. 1967. "Temporal aspects of dying as a non-scheduled status passage" [en] *American Journal of sociology*, 71.
- Goldani. A. 1989. *Women's transitions, The intersection of female life course, family and demographic transition in twentieth-century Brazil*, Ph.D. dissertation, University of Texas at Austin, Austin.
- Goldani, Ana Maria and T. Pullum. 1989. "Changes in the Life Course of Brazilian Women@ [en] *Proceeding of the XXIst International Population Conference of the International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP)*, New Delhi, India.
- Hagestad, G. O. and Bernice L. Neugarten. 1985. AAge and the Life Course@ [en] R. Binstock and E. Shanas (eds.), *Handbook of Aging and the Social Sciences*, New York: Van Nostrand Reinhold.
- Hareven, T. 1977. AFamily Time and Historical Time@ [en] *Daedalus*, 106:57-70.
- Lopata, H. 1992. AWomen`s Family Roles in Life Course Perspective@ [en] *Gendered Worlds*.
- Modell, J. and Tamara Hareven 1978. ATransitions: Patterns of Timing@ [en] Tamara K. Hareven (ed.), *Transitions: The Family and Life Course in Historical Perspective*, New York: Academic Press.
- Ojeda, N. 1987. *Family Life Cycle and Social Class in Mexico*. Ph.D. dissertation, University of Texas at Austin, Austin.
- Ryder, N. B. 1965. AThe Cohort as a Concept in the Study of Social Change@ [en] *American Sociological Review*, 30, 843-861.
- Salles, V. y R. Tuirán. 1996. AMitos y Creencias sobre la vida Familiar@ [en] *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 58.
- Selby, H., A. Murphy and S. Lorenzen 1990. *The Mexican Urban Household. Organizing for Self-Defense*, University of Texas Press, Austin.
- Tuirán R. 1997. *Demographic change and family and non-family related life course patterns in contemporary Mexico*, Ph.D. dissertation, University of Texas at Austin, Austin.
- Uhlenberg, P. 1969. AA Study of Cohort Life Cycles: Cohorts of Native Born Massachusetts Women, 1830-1920@ [en] *Population Studies*, 23, 407-420.
- Uhlenberg, P. 1974. ACohort Variations in the Family Life Cycle Experiences of US Females@ [en] *Journal of Marriage and the Family*, 36:284-292.
- Uhlenberg, P. 1978. AChanging Configurations of the Life Course@ [en] T. K. Hareven (ed.), *Transitions: The Family and the Life Course in Historical Perspective*, pp. 65-97. New York: Academic Press.
- Uhlenberg, P. 1980. ADeath and the Family@ [en] *Journal of Family History*, 5:313-320.

- Uhlenberg, P. 1996. AMutual Attraction: Demography and Life Course Analysis@ [en] *The Gerontologist*, 36(2): 226-229.
- Watkins, Susan, Jane Menken and John Bongaarts. 1987. ADemographic Foundations of Family Change@ [en] *American Sociological Review*, 52:346-358.
- Young, C. 1982. AMortality and the family Life Cycle in Australia@ [en] *Health and the Family Life Cycle*, Federal Institute of Population Research and World Health Organization, Ginebra, pp. 431-480.
- Zeng Yi, 1991. *Family Dynamics in China. A Life Table Analysis*, The University of Wisconsin Press, Madison.
- Zeng Yi, 1990. *Famy. A PC Computer Program for Family Status Life Table Analysis*, ProGAMMA, The Netherlands.